
La Roja: nacionalismo banal y memoria histórica

En el centenario de la selección española de fútbol

Juan Francisco Fuentes / Ángel L. Rubio

Dos minutos después aparece el equipo rojo, el entusiasmo se desborda, como es natural, y otra vez se escucha el *Himno de Riego*.

El Socialista, crónica de un partido España-Portugal (13 de marzo de 1934)

Se atribuye al entrenador Luis Aragonés, responsable de la selección española de fútbol entre 2004 y 2008, la idea de proporcionar al equipo nacional una seña de identidad propia, que contribuyera a reforzar el vínculo con la afición tras varias décadas de malos resultados. «Me gustaría», afirmó nada más asumir el cargo, «que la selección tuviera un nombre, una identidad. Igual que Brasil es la *Canarinha* o Argentina la Albiceleste, me gustaría que España fuera la Roja» (Domingo García: «Por qué lla-

manos a España la Roja», *La Razón*, 20 de junio de 2010). Dos circunstancias favorecieron esta refundación de la selección española a partir de su nueva denominación popular y mediática. En primer lugar, la etapa inaugurada con la victoria electoral del PSOE en 2004, que puso en marcha una agenda política –España plural, republicanismo cívico, memoria histórica– fácil de identificar con aquello que el rojo evocaba a muchos españoles, y, en segundo lugar, los triunfos sin precedentes encadenados por la selección entre 2008 y 2012 (Eurocopa, Mundial y Eurocopa), tras el cambio de nombre y de estilo de juego. Tributaria de un color a la vez revolucionario y castizo, la Roja consiguió aunar el sentimiento nacional asociado a la bandera rojigualda y la tradición simbólica de la izquierda, reivindicada por el gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero (2004-2011). De esta forma, derecha e izquierda, centro y periferia, nacionalismo banal y memoria histórica coincidieron en torno a un símbolo político-deportivo de múltiples significados al que los resultados convirtieron en una «marca» de éxito. ¿Cuánto de «tradición inventada» y cuánto de ocurrencia genial hubo en la transformación de la selección española de fútbol en «la Roja» por antonomasia?

Una tradición inventada (¿o no?)

La apelación al color de la camiseta no carecía, ni mucho menos, de antecedentes históricos, tan remotos como la primera participación de la selección en un gran torneo internacional: los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920. Fue entonces cuando España lució por primera vez la camiseta roja –«rojo sangre de toro» (Martialay, 2000: 214-5)–, en aquella ocasión con un león rampante de color amarillo en el pecho, una imagen que causó confusión entre el público local por su gran parecido con el escudo del ducado

de Brabante, al que pertenecía la sede de los Juegos. La camiseta contenía, pues, los dos colores de la bandera rojigualda, como ocurrirá en uniformes posteriores, aunque el león fuera sustituido más tarde por el escudo nacional y el amarillo apareciera generalmente en las mangas o en los calcetines. La presencia de España en aquellos Juegos Olímpicos dio lugar al mito de la «furia española» por su fútbol impetuoso y aguerrido y por el recuerdo del saqueo de Amberes por los Tercios de Flandes –la llamada «Furia española»– en 1576. Si, por un lado, la expresión entroncaba con la leyenda negra, por otro, hacía de la selección el símbolo de un nacionalismo herido que, tras el desastre del 98, aspiraba a reverdecer viejas glorias en el terreno de juego.

La medalla de plata conseguida en Amberes hizo famosos a sus principales protagonistas –Zamora, Belauste, Samitier, Pichichi...– y contribuyó a dotar a la selección de unas señas de identidad duraderas: la furia y el color rojo de su camiseta. Parece que fueron los italianos, rivales de España en la semifinal, los primeros en unir los dos conceptos al acuñar una expresión que haría fortuna: *la furia rossa*. Cuatro años después, en junio de 1924, la prensa española anunciaba la publicación de un folleto titulado «La furia roja en la Olimpiada. La tragedia de un *goal*», obra de un autor anónimo que decía ser testigo presencial del partido decisivo que España perdió contra Italia. La participación en aquellos Juegos Olímpicos inauguró una década en la que el fútbol se iba a convertir definitivamente en un espectáculo de masas necesitado para su puesta en escena de grandes estadios, como los que se construyeron a lo largo de los años veinte: Sarriá (1923) y Las Corts (1922), en Barcelona; el Metropolitano (1923), en Madrid; Heliópolis (1929), en Sevilla, o Mestalla (1923), en Valencia. Al final de aquella década, el balompié español contaba, pues, con un notable patrimonio material y simbólico con el que encarar «el siglo del fútbol», como lo llamó por entonces el escritor Bertolt Brecht.

Los intelectuales más jóvenes mostraron un temprano interés por esta y por otras manifestaciones de la nueva cultura de masas, como el cine. Es célebre la «Oda a Platko» que el joven Rafael Alberti dedicó al portero del FC Barcelona en la final de Copa de 1928. La izquierda política, por el contrario, desconfió inicialmente del fútbol por sus efectos alienantes y por su facilidad para crear falsos ídolos populares. Un colaborador de *El Socialista* criticó con sorna la fama y el dinero fácil que proporcionaba a sus grandes figuras: «Ganan más en una hora / Pedret, Molina o Zamora / que quien se quema las cejas / sobre cosas más complejas» (11 de septiembre de 1926). Pero con el cambio de década y la caída de la monarquía la prensa de izquierdas mostró una actitud mucho más receptiva hacia el deporte en general y hacia la selección española de fútbol en particular. Tan sólo una semana después de la proclamación de la república, *El Socialista* publicaba una extensa y entusiástica crónica del partido jugado entre España e Italia en el estadio de San Mamés, en Bilbao, escrita por un tal J. Z. que muy bien podría ser Julián Zugazagoitia. «Los nacionales», como los llama el autor, vistieron su uniforme habitual, del que, por si acaso, facilita una descripción bastante completa: «Camiseta encarnada, con un escudo con los colores nacionales, y pantalón azul claro» (21 de abril de 1931). El estadio, engalanado con multitud de banderas tricolores, registró una espectacular entrada, hasta el punto de que por algunas localidades se llegaron a pagar «precios inverosímiles». La relevancia concedida a aquel encuentro amistoso, concluido con empate a cero, contrasta con la escueta reseña que el mismo periódico había dedicado tres años antes al partido, también contra Italia, perteneciente a los Juegos Olímpicos de Amsterdam (1928). Sin duda, la definitiva eclosión de la cultura de masas, la instauración de la república y el paso del antiguo al nuevo régimen futbolístico con la puesta en marcha de la Liga (1928-1929) favorecieron el interés por el fútbol de un sector

creciente de la izquierda, especialmente entre las nuevas generaciones. La selección, o el «equipo rojo», como iba a ser denominado por periódicos de todas las tendencias, empezó a ser cosa de todos.

Del rojo al azul

«Pesó sobre el ánimo de los jugadores rojos la calidad extraordinaria del equipo inglés». La frase forma parte de la crónica publicada en *ABC* (19 de mayo de 1929) de un partido España-Inglaterra jugado en el estadio Metropolitano de Madrid en mayo de 1929. La camiseta roja de la selección ejercía un indudable atractivo entre una afición ávida de nacionalismo banal, sin que el color llegara a tener connotaciones de otra índole, como no fuera su supuesta españolidad, asociada a la tauromaquia o a la antigua fiereza de los Tercios de Flandes. También la prensa de izquierdas, podría decirse que, con mayor motivo, solía referirse al equipo nacional por el rojo de su camiseta. Así, en la crónica de un partido entre las selecciones española y portuguesa, celebrado en el estadio de Chamartín en marzo de 1934, *El Socialista* destacó el entusiasmo que produjo la aparición del «equipo rojo» en el campo (13 de marzo de 1934). Es la misma expresión que este periódico utiliza en su reseña del épico partido de desempate contra Italia, que supuso la eliminación de España del Mundial organizado por este país para mayor gloria del régimen fascista (2 de junio de 1934). Casi dos años después, *El Socialista* se lamentaba de que, en un encuentro contra la selección austriaca, «no apareciera por ningún lado la furia célebre de los jugadores rojos» (21 de enero de 1936). Mientras tanto, la prensa conservadora seguirá recurriendo a fórmulas de este tipo —el «equipo rojo», el «once rojo» o simplemente «los rojos»— en algunas crónicas de partidos jugados por la selección en

los meses previos a la Guerra Civil. Sobre el que disputaron España y Austria en enero de 1936, el diario *ABC* señaló que, una vez realizado el sorteo del campo, «eligieron los rojos», es decir, los jugadores españoles (21 de enero de 1936). Un mes después, el mismo periódico subtitulaba «Deplorable actuación de los rojos» su información sobre un partido contra Alemania jugado en Barcelona (25 de febrero de 1936). Nada indica, pues, que la fuerte polarización ideológica del momento y la notoria significación política del rojo afectaran a su uso referido a la selección española.

Todo cambió con la Guerra Civil, debido al carácter estigmatizante de este color en el lenguaje empleado en la llamada zona nacional. Por lo pronto, en los tres amistosos que jugó la selección en la España sublevada –en realidad, un combinado de diversos equipos– su tradicional camiseta roja fue sustituida por otra de color verde. Terminada la contienda, las autoridades franquistas optaron por retirar la camiseta roja del uniforme y reemplazarla por una zamarra de color azul, por considerarla más acorde con la nueva situación política, aunque el azul se había utilizado ya en alguna ocasión anterior al coincidir el rojo con el uniforme del equipo contrario, en concreto en un partido contra Portugal en Lisboa en 1934 y en otro contra Suiza, en Berna en 1936. El cambio se mantuvo durante siete años (1940-1947), hasta que el general Moscardó, delegado nacional de deportes, decidió volver al rojo y dejar la camiseta azul como segunda opción. Podría decirse, en todo caso, que fue una rehabilitación a medias, porque ni la selección ni sus jugadores volvieron a ser identificados por la prensa por el color que los había caracterizado en los años anteriores a la Guerra Civil.

Con la camiseta roja y el pantalón azul de su indumentaria clásica obtuvo España su mayor triunfo desde la ya lejana medalla de plata en Amberes al derrotar a Inglaterra en el Mundial de Brasil de 1950, una victoria que, como aquella gesta en Flandes, evocaba

las antiguas disputas del Imperio español contra sus enemigos de entonces. En ellos pensaba seguramente el presidente de la Federación Española de Fútbol cuando Matías Prats, el locutor que narró el encuentro para Radio Nacional, le preguntó si tenía «algún recado para el Caudillo». El principal responsable del fútbol español, en plena euforia por la hazaña recién conseguida, respondió con unas palabras que pasarían a la posteridad: «Excelencia, hemos vencido a la pérfida Albión» (Alfredo Relaño: «Excelencia, hemos vencido a la pérfida Albión», *AJ*, 31 de julio de 2013). Que la presión de la embajada británica provocara la destitución del presidente de la Federación indica hasta qué punto la nueva *Realpolitik* del franquismo, ansioso por encontrar un lugar bajo el sol en el concierto de las naciones, prevaleció sobre algunas de sus fobias históricas.

Fue, en todo caso, un triunfo engañoso, preludio de una década aciaga para la selección, que no consiguió clasificarse para los mundiales de 1954 y 1958 y que se retiró de la nueva Copa de Europa de Selecciones inaugurada en 1960 cuando el sorteo la emparejó con la URSS. La negativa de la Federación, al parecer impuesta por Franco, a jugar en Moscú el partido de ida supuso la descalificación de España, que dejó pasar una gran oportunidad de hacer valer su fantástico equipo de aquellos años. La «furia española» se mantenía plenamente vigente como mito popular y periodístico, aunque más por inercia histórica que por la composición de la selección nacional. España se encontraba en pleno tránsito del tradicional modelo etnocéntrico, que hacía de lo vasco la quintaesencia de lo español, a una fórmula híbrida que incluía jugadores húngaros, como Kubala y Puskas, e hispanoamericanos, como Di Stéfano, Eulogio Martínez y Santamaría, además de jugadores españoles de gran clase, como Luis Suárez, que no se caracterizaban precisamente por su fiereza. Desde la perspectiva del régimen, esta insólita mezcla de extranjeros y nativos tenía más sentido de

lo que parece a simple vista. Los húngaros eran prófugos del comunismo, que encontraban en la España de Franco el apoyo que otros países les negaban, y la incorporación de jugadores hispanoamericanos podía verse como el regreso del hijo pródigo a la madre patria, representada por ese *melting pot* futbolístico en que se había convertido la selección. Pero si como fantasía identitaria, mezclando anticomunismo y nacionalismo panhispanico, podía funcionar, como fórmula deportiva resultó un completo fracaso pese a contar con algunos de los mejores jugadores del mundo.

Autarquía futbolística y transición democrática

Tras el mal papel de España en el Mundial de Chile de 1962, la Federación decidió cerrar las fronteras a los futbolistas extranjeros, considerando que quitaban el puesto a las jóvenes promesas nacionales, cuyas posibilidades de llegar a ser figuras se veían así notablemente reducidas. El nuevo ciclo autárquico iniciado por el fútbol español, en contraste con la apertura exterior que vivía España en aquellos años, tuvo el mejor comienzo que el régimen podía soñar. En 1964, coincidiendo con los fastos de los 25 años de paz, España disputó contra la URSS la final de la Eurocopa de 1964, que se celebró en el Estadio Santiago Bernabéu de Madrid y fue presidida por Franco. Para resolver la coincidencia de color de las camisetas, se optó por que la URSS mantuviera el rojo de su uniforme y España vistiera su camiseta azul de repuesto. La decisión suponía trasladar al campo de juego, deliberadamente o no, la yuxtaposición cromática existente entre los dos regímenes: el rojo del comunismo frente al azul falangista. De esa forma, aquella mítica victoria por 2 a 1 sobre la todopoderosa Unión Soviética, campeona de Europa en la edición anterior, se consiguió «vistiendo de azul, que es el color más idóneo y característico de estos

veinticinco años de paz española», según dirá en su portada el diario falangista *Arriba* (Sanz, 2012: 425).

Todo fueron reveses después de aquel histórico triunfo frente a la URSS. Tras caer en la primera ronda del Mundial de Inglaterra de 1966 y ser eliminada por la «pérfida Albión» en la Eurocopa de 1968, la selección entró en una profunda crisis de confianza. Los buenos resultados de los clubes españoles en Europa daban pábulo a la idea de que los jugadores rendían mucho más con sus equipos y que la selección era víctima de la falta de verdadero espíritu nacional de la sociedad española. No era esta una cuestión que entonces se pudiera debatir abiertamente, porque chocaba con un axioma sagrado de la España oficial, según el cual el régimen de Franco había conseguido unir para siempre a los españoles en torno a unos sentimientos y unos valores. Pero el hecho de que el fracaso en el Mundial de Inglaterra se produjera el mismo año en que el Real Madrid ganó su sexta Copa de Europa y en que el Barcelona y el Zaragoza jugaron la final de la Copa de Ferias daba que pensar. Como en los peores tiempos de la decadencia del Imperio, la situación se prestaba a soluciones arbitristas más o menos extravagantes, como lo fue nombrar en 1969 un triunvirato de seleccionadores –los entrenadores del Real Madrid, del Barcelona y de la UD Las Palmas, los equipos que iban en cabeza en la Liga– que duró apenas unos meses.

Ya no se podía echar la culpa a los jugadores extranjeros, cuya contratación estaba prohibida desde 1962, así que la polémica se centró en el estilo de juego y en la pérdida de identidad que arrasaba el fútbol español en los últimos años. «Hay que volver a la furia española», proclamó el diario *ABC*, que pidió un nuevo Zarra para resolver la falta de gol y de carácter que sufría el equipo nacional (20 de octubre de 1968). El debate estaba en la calle y no se limitaba al problema de la selección de fútbol. Los más osados veían en los males de nuestro deporte el reflejo de una decadencia

que venía de lejos y que el régimen vigente había sido incapaz de revertir, si es que no la había agravado. En 1971, la revista *Triunfo*, próxima al PCE, publicaba un amplio reportaje titulado «El 98 del deporte español» sobre los últimos reveses deportivos, que el autor, Luis Dávila –alter ego de Manuel Vázquez Montalbán–, atribuía a la «metafísica diferencial española» (13 de noviembre de 1971), un concepto difícil de entender, salvo como expresión de una rutina de fatalidad y derrotas inherente a todo lo español.

Mientras tanto, la selección seguía sin levantar cabeza. Los setenta fueron otra década perdida a pesar del prestigio y del carisma de Ladislao Kubala, nombrado seleccionador en 1970, que contó inicialmente con un gran respaldo popular y mediático. El exjugador húngaro pretendió inyectar un espíritu colectivo a los jugadores y a la afición que entroncara con la furia española y con un nacionalismo algo folclórico, cuya eficacia futbolística estaba por demostrar. Hacer de Sevilla la sede oficiosa de la selección y arropar a los jugadores con palmas por sevillanas no sirvió para que España se clasificara para el Mundial de Alemania de 1974. Hubo más suerte cuatro años después, pero su paso por el Mundial de Argentina se saldó con un nuevo fracaso, lo mismo que la participación española en las eurocopas de aquella década. La democracia instaurada tras la muerte de Franco era incapaz, al menos de momento, de mejorar los pobres resultados obtenidos bajo el régimen anterior, como si el problema tuviera que ver con factores más profundos que la mera gestión deportiva. Las interpretaciones regeneracionistas y socialdarwinistas estuvieron muy presentes, una vez más, en la explicación del bajo nivel competitivo de los deportistas españoles. El hecho de que, tras el fin de la dictadura, todo en España cambiara menos los resultados deportivos parecía demostrar la existencia de una «metafísica diferencial española», como la había llamado Vázquez Montalbán en *Triunfo*.

Algo más que un problema deportivo

La buena cosecha de jugadores vascos de la última generación –siempre una garantía de raza y carácter– fue la base de la selección que afrontó el Mundial de España de 1982, con todas las ventajas y exigencias que supone jugar de anfitrión. Si el 23 de febrero de 1981 la nueva España democrática había podido vencer al golpismo, otro mal endémico de nuestra historia contemporánea, tal vez aquella fuera la ocasión de acabar con el mito recurrente del fracaso deportivo y con todos los prejuicios y clichés que se derivaban de esa continua sucesión de decepciones. No hubo tal, porque la participación española arrojó un balance mediocre en juego y resultados, pese a alguna ayuda arbitral. La selección pareció apuntar una cierta mejoría en la Eurocopa de 1984 –finalista frente a Francia, anfitriona del torneo– y en el Mundial de México 1986, del que quedó para el recuerdo el 5-1 endosado a Dinamarca en octavos de final, un triunfo que muchos aficionados celebraron ya en La Cibeles madrileña. En ambos casos, sin embargo, resultó determinante la fatalidad que se cebó con España en los momentos decisivos: el error del portero Arconada en la final de 1984 y la derrota por penaltis frente a Bélgica en 1986 en los cuartos de final. Se reavivaban de esta forma viejos fantasmas sobre la mala suerte que perseguía al deporte español, una reacción que enlazaba con un fatalismo sólidamente asentado en la memoria colectiva y que Alfredo di Stéfano, comentarista televisivo de un partido de la selección, resumió en una frase lapidaria: «Jugamos como nunca y perdimos como siempre».

Romper con esa inercia perdedora fue el gran reto que asumió en 1992 el vasco Javier Clemente, intentando aprovechar la inercia de los Juegos Olímpicos de Barcelona y su lluvia de medallas para España, entre ellas la de oro conseguida por la selección olímpica de fútbol. Pero su carácter bronco y provocador y el es-

tilo tosco que impuso a sus jugadores causaron una profunda división en la afición y en la prensa, y el equipo fue víctima, de nuevo, de la llamada «maldición de los cuartos de final», tanto en el Mundial de Estados Unidos (1994) como en la Eurocopa de Francia (1996). Reconocido simpatizante del PNV, Javier Clemente es un buen ejemplo de la decisiva aportación del fútbol vasco a la selección nacional, cuya historia está jalonada por los nombres míticos de jugadores como Belauste –uno de los héroes de Amberes–, Telmo Zarra, José Ángel Iríbar o Luis Miguel Arconada. No se han estudiado apenas los vasos comunicantes que han existido de antiguo entre el nacionalcatolicismo sabiniano y un nacionalismo español que, al menos en el pasado, se identificaba fácilmente con algunos estereotipos vascongados. El protagonismo que han tenido en la selección los futbolistas de aquellas provincias, muchos de ellos próximos al PNV, como Belauste, e incluso a la izquierda *abertzale*, como Iríbar, y el ultranacionalismo futbolístico del que hizo gala Javier Clemente, en guerra permanente contra los entrenadores extranjeros, pueden verse como un reflejo de ese trasvase identitario entre el fútbol vasco y la selección española.

El fin de la convulsa etapa de Clemente trajo consigo un cierto reposo, que favoreció el regreso a la meditación melancólica sobre los males del fútbol español. En marzo de 2001, una derrota de España ante Inglaterra en un intrascendente partido amistoso llevó a José Ignacio Wert, futuro ministro de Educación del PP, a reflexionar sobre la «anorexia patriótica» que sufría España y la forma de superarla (*El País*, 21 de marzo de 2001). Durante el siguiente Mundial, disputado en Japón y Corea del Sur, Manuel Vázquez Montalbán escribió un premonitorio comentario en su columna de *El País* sobre el destino que le aguardaba a la selección, recién clasificada para los octavos de final: «Está por ver si se supera la maldición internacional que pesa sobre todo lo nuestro desde el desastre de 1898» (15 de junio de 2002). Consumada la eliminación, de

nuevo en cuartos de final, no faltaron autorizadas voces del mundo del fútbol, como la de Johan Cruyff, que atribuyeran el origen del problema a la falta de un sentimiento nacional capaz de sobreponerse a las rivalidades de los clubes. El debate continuó en 2004, tras la temprana derrota en la Eurocopa de Portugal, de la que el diario *El Mundo* sacó una inquietante conclusión: «El fracaso es consustancial a España» (Quiroga Fernández de Soto, 2014: 148).

La teoría que relacionaba sus reiterados fracasos con la débil nacionalización española no era nueva en absoluto. La había defendido, entre otros, el periodista Josep Ramoneda, añadiéndole, como elemento original, una sutil dosis de supremacismo catalanista: «Algunos equipos [por el Barça] son más que un club, España es menos que una selección nacional» (*La Vanguardia*, 3 de julio de 1994). Al final, sus traumas deportivos no eran, pues, más que «el reflejo de la realidad de un país que ha disociado lo estatal y lo sentimental». Si, según este razonamiento, sus resultados futbolísticos eran los que cabía esperar de una nación fallida, ¿el éxito de la selección, en el improbable caso de producirse, indicaría que España había superado sus problemas existenciales?

Nace (o renace) la Roja

Estas fueron las circunstancias que llevaron a Luis Aragonés en 2004 a defender la necesidad de «una gran sentada» sobre la selección (Relaño, 2014: 384). Era una forma castiza de proponer una reflexión en torno a los valores que debía transmitir y a la necesidad de dotarla de una «marca» que sirviera para unir a los aficionados de distintos equipos, territorios e ideologías. De ahí nació la Roja, a la que Aragonés aludió ya en una entrevista concedida nada más ser nombrado para el cargo: «Quiero que el jugador tiritte al ponerse la “roja”, que muera por ella como un brasileño» (*ABC*,

2 de julio de 2004). Sin saberlo, enlazaba así con la arraigada costumbre de los años treinta de denominar a la selección y a sus jugadores por el color de la camiseta, hasta que el bando victorioso en la Guerra Civil proscribió el rojo del uniforme. Incluso después de reponer su camiseta tradicional, ya nadie se refirió a la selección como «el equipo rojo» ni a sus componentes como «los rojos», tal como había hecho la prensa de toda condición hasta julio de 1936.

Pero, como dijo Marx, cuando se expulsa a la historia por la puerta acaba entrando por la ventana. Este inconsciente regreso al pasado podría aplicarse también al rito que desde el Mundial de México de 1986 rodea a la estatua de la diosa Cibele, en la que es fácil reconocer a la matrona romana que desde tiempos inmemoriales representó a España, que en el siglo XIX se convirtió en la principal alegoría de la nación liberal y que en los años treinta se consagró como símbolo oficioso de la II República. Esto último explica su ostracismo tras la Guerra Civil, el mismo que, por parecidas razones, sufrió el rojo de la camiseta de la selección. La explosión de nacionalismo futbolístico que concitó La Cibele en los grandes momentos de la Roja significó, pues, la fusión de dos poderosos símbolos que el fútbol rescató del pasado: el rojo, en sus múltiples acepciones –la bandera nacional, la tauromaquia, la revolución–, y la matrona, antiguo símbolo de España.

La primera comparecencia de la Roja en un gran torneo, el Mundial de Alemania en 2006, despertó una expectación sin precedentes, con miles de aficionados congregados para presenciar los partidos de España ante las pantallas gigantes instaladas en las principales ciudades. Para el periodista Julián García Candau, la selección había conseguido el mayor apoyo popular de su historia (*La Razón*, 22 de junio de 2004). En opinión del director de *ABC*, José Antonio Zarzalejos, la Roja se había convertido en «la gran urdidora de una nueva ilusión, la descubridora de un sentimiento

hondo y escondido [...] que ha alcanzado una energía extraordinaria» («La roja», *ABC*, 25 de junio de 2006). Por el contrario, un columnista del mismo periódico lamentó las implicaciones políticas de su nuevo nombre: «A la selección ya le han quitado lo de “nacional”: ahora es la Roja» (Antonio Burgos: «La lotería del país vecino», *ABC*, 3 de diciembre de 2006). Era la expresión de un rechazo muy extendido en un sector de la derecha que veía en tal denominación una victoria simbólica de la izquierda, entonces en el gobierno, y una renuncia más en la defensa de la unidad nacional.

El buen juego de la selección en el Mundial de 2006 compensó la decepción por su eliminación en cuartos –de nuevo la maldición de los cuartos de final– y la Roja mantuvo el apoyo de la afición con vistas a su siguiente gran cita: la Eurocopa de 2008. Fue entonces cuando consiguió romper su maleficio tras derrotar a Alemania en la final, en medio de una gran movilización popular y mediática, que incluyó el uso del eslogan «¡Podemos!», remedo del «Yes, We Can» de Barack Obama. Parecía el comienzo de una nueva etapa histórica cuyo significado iba mucho más allá del deporte, a juzgar por la valoración de aquel triunfo que hizo la prensa nacional e internacional. *Il Corriere della Sera* aseguró que los jugadores de La Roja habían «reunificado España, de los Pirineos al Estrecho de Gibraltar, de Extremadura a Cataluña, del País Vasco a Andalucía y a Galicia». Según *The Observer*, las altas audiencias televisivas registradas por los partidos de la selección demostraban que «las antiguas divisiones estaban dando paso a una nueva unidad» (Quiroga Fernández de Soto, 2014: 160).

El relevo de Luis Aragonés por Vicente del Bosque no alteró la dinámica ganadora iniciada en 2008, sino todo lo contrario. A la mentalidad fuertemente competitiva que le inculcó Aragonés –«ganar y ganar y volver ganar» era su lema–, se añadió la habilidad del nuevo seleccionador para liberar el talento de sus juga-

dores y transmitir un mensaje integrador, que, en un momento de fuertes tensiones territoriales e incipiente crisis económica, fue muy bien recibido por la opinión pública. De la mano de Del Bosque, en 2010 la selección alcanzó la cima al ganar el Mundial de Sudáfrica con un fútbol brillante –el llamado *tiquitaca*, por su naturaleza combinativa y dinámica– que además se vio acompañado de la suerte que le había faltado hasta entonces. La comparación entre las portadas que los principales periódicos dedicaron al triunfo indica hasta qué punto la Roja/la selección/España ofrecía una identidad a la carta adaptable al gusto del consumidor: para el periódico de izquierdas *Público*, la victoria fue de la Roja («La Roja reina»); desde una posición más ecléctica, en el centroizquierda del arco político, *El País* tituló «Campeones del mundo» y debajo: «La Roja vence 1-0», y para el diario conservador *La Razón*, la protagonista era España («Gracias, España»). *La Vanguardia* optó por poner el acento sutilmente en los jugadores, muchos de ellos del Barcelona: «Reyes del mundo» (todos los titulares del 12 de julio de 2010). El recibimiento apoteósico, con baño de masas en Cibeles y abundancia de banderas nacionales, se repitió dos años después tras el triunfo en la Eurocopa de 2012, consumado al derrotar a Italia en la final con una superioridad aplastante. «La victoria en la Eurocopa convierte a España en un equipo de leyenda», tituló en portada *El País*, que añadía en el subtítulo: «La Roja gana tres campeonatos seguidos: la primera vez en la historia del fútbol mundial» (2 de julio de 2012).

La celebración en Cibeles reeditó la liturgia triunfal iniciada en 2008: miles de aficionados –un millón, según *ABC*– con camisetas y bufandas, gran flamear de banderas rojigualdas, gritos de «¡yo soy español, español, español!» y plena comunión entre los aficionados, la mayoría madrileños, y jugadores, muchos de ellos catalanes. Su capacidad para armonizar identidades y sentimientos diversos se puso de relieve en algunos titulares de prensa, de

nuevo con mensajes contrapuestos sobre el significado de la Roja —«La fiesta de España» (*ABC*, 3 de julio de 2012); «Una marea roja se rinde a los héroes de la Eurocopa» (*El País*, 3 de julio de 2012)—. Unos meses después, los dos capitanes, Iker Casillas, portero del Real Madrid, y Xavi Hernández, centrocampista del Barcelona, eran galardonados con el Premio Príncipe de Asturias de los Deportes. El año anterior, el rey Juan Carlos I había otorgado al seleccionador, Vicente del Bosque, hijo de un ferroviario socialista represaliado por el franquismo, el título de marqués de Del Bosque. La Roja era el hilo conductor de una historia con final feliz.

Su fuerza integradora, a tono con la «España plural» que defendía el gobierno de Rodríguez Zapatero, se consideró una de las claves de su éxito, aunque las manifestaciones más extremas de ese carácter inclusivo provocaron estupor, cuando no hilaridad. En febrero de 2010 se supo que dos presuntos miembros de ETA se habían fotografiado vistiendo la camiseta de la Roja y habían subido la foto a las redes sociales acompañada de un grito de ánimo a la selección («Jon Rosales y Adur Aristegi, etarras y forofos de la Roja», *El Mundo*, 18 de febrero de 2010). Un grupo vasco de música *punk*, Lendakaris Muertos, llegó a dedicar una canción satírica a los estragos que el españolismo deportivo estaba provocando en el mundo *abertzale*:

Si me viese mi *amatxo*, / si me viesen los colegas, / me colgaban
en la plaza / por traidor y por idiota. / Yo que soy más vasco que
el Árbol de Gernika / cuando juega la selección / [...] No puedo
evitar gritar / ¡Gora España! ¡Gora España! (Quiroga Fernández de Soto, 2014: 233).

Años después, el político independentista Gabriel Rufián se declaraba seguidor incondicional de la selección («Rufián, un fiel a la Roja», *La Vanguardia*, 9 de noviembre de 2016).

En pleno declive, tras el fiasco del Mundial de 2014 –eliminada en la primera fase–, se reactivó el debate sobre su identidad y su simbología. La incorporación a la camiseta de una cenefa morada, colocada sobre el fondo rojo junto a una franja amarilla, formaba una banda tricolor en la que los más suspicaces vieron una bandera republicana. La prensa internacional, que seguía con morbooso interés los avatares identitarios de la selección, no tardó en hacerse eco de la polémica: «Au pays de la Roja», escribió *Le Monde*, «qui arbore des bandes aux couleurs de la République renversée par Franco, la politique rattrape souvent le football» (30 de junio de 2018). La reaparición de viejos fantasmas en torno a la selección, coincidiendo con un momento de malos resultados, sugiere que su tirón entre ciertos sectores se debía a los éxitos alcanzados en su etapa gloriosa y a su condición de equipo ganador. Pero no sólo. En alguna medida difícil de calibrar, el nombre de la Roja, una eficaz combinación de memoria histórica y nacionalismo banal, contribuyó a cambiar por unos años una historia de fatalidad y fracaso por otra de triunfo y excelencia.

J. F. F. / A. L. R

BIBLIOGRAFÍA

- BURNS, Jimmy. *La Roja: A Journey through Spanish Football*. Londres: Simon & Schuster, 2012.
- CASTILLO, Alfonso del. «1938. La gira del equipo nacional por Andalucía y Norte de África». *Cuadernos de Fútbol. Revista de CIHEFE*, 2016. <http://www.cihefe.es/cuadernosdefutbol> (consultado el 22 de enero de 2020).
- MADRID, Juan Carlos de la. *Una patria posible: fútbol y nacionalismo en España*. Gijón: Ediciones Trea, 2013.

- MARTÍ BATALLER, Aurelio. *España socialista. El discurso nacional del PSOE durante la Segunda República*. Madrid: CEPC, 2017.
- MARTIALAY, Félix. *Amberes. Allí nació la Furia Española*. Madrid: Real Federación Española de Fútbol, 2000.
- QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro. *Goles y banderas. Fútbol e identidades nacionales en España*. Madrid: Marcial Pons, 2014.
- RELAÑO, Alfredo. *Tantos mundiales, tantas historias*. Barcelona: Ed. Roca, 2014.
- RESINA DE LA FUENTE, Jorge, y LIMÓN LÓPEZ, Pedro. «Del consenso al *tiquitaca*: redefiniendo el nacionalismo español desde la prensa escrita a través del fútbol», *Política y Sociedad*, 51, 2014, 297-336.
- SANZ, Julián. «De la azul a "la Roja". Fútbol e identidad nacional española durante la dictadura franquista y la democracia», en Ismael Saz y Ferran Archilés, coords.: *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*. Valencia: PUV, 2012, 410-436.
- SHAW, Duncan. *Fútbol y franquismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

Este artículo es resultado del proyecto de investigación HAR2016-77416-P «Diccionario de símbolos políticos y sociales. Claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo XX», financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.